

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.  
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

**Dominica 15 despues de Pentecostés.**

*Adolescens, tibi dico, surge.  
Et dedit illum matri suæ.*

Mancebo, á ti digo, levántate y lo dió á su madre.

EVANG. SEGUN S. LUCAS, VII,  
14 y 15.

Por todas partes iba Jesús obrando maravillas y sembrando beneficios como que cada uno de sus beneficios era un milagro de su poder divino y cada uno de sus milagros era un beneficio dispensado por su infinita caridad. Con la potestad soberana que le era propia y á la cual todo estaba sometido, bastábale manifestar su beneplácito para que le obedeciesen todas las cosas en el cielo y en la tierra, los vientos y las tempestades, las dolencias, las angustias, la fiebre y la misma muerte.

De lejos, sin ver ni tocar al hi-

jo del Centurion, que estaba en la agonía, con una sola palabra le dió la salud. Al dia siguiente aconteció, segun el presente Evangelio, que yendo Jesús á una ciudad pequeña de Galilea, llamada Naim, distante dos millas del Tabor, y situada á la falda del monte Hermon, acompañábanle sus discipulos y una gran muchedumbre del pueblo; y al acercarse á la puerta de la ciudad, sacaban de ella un difunto, hijo único de una viuda; y con esta venia mucha gente de la ciudad. Vióla Jesús, y movido de misericordia hácia ella, dijóle: *Noli flere.* No llores. Dicho esto, se acercó, y tocó el ataúd donde iba el cadáver. Detuviéronse los que lo llevaban, y dijo: Jóven, contigo hablo, levántate. Y al punto sentóse el que habia estado muerto, y empezó á hablar.

Y Jesús lo dió á su madre antes desolada, ahora llena de regocijo y como espantada del prodigio. Todos quedaron sobrecogidos, y glorificaban á Dios, diciendo: un gran profeta ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo. La fama de este milagro se extendió por toda la Judea y su comarca.

Son tantas y de tanto precio las enseñanzas contenidas en el sagrado texto, que no es posible tratarlas en un solo discurso. Dos hechos resaltan en este milagro que descubre á nuestra mirada los tesoros encerrados en el corazón de Jesús: el uno de poder y de misericordia el otro. Es el primero la resurrección del joven que iba en el féretro, y el segundo la alegría y el consuelo de la triste y apenada viuda que lloraba la muerte de su hijo único, y ahora lo estrecha contra su seno, lleno de fuerza y de vida. Reflexionando sobre la sencilla narración de este acontecimiento tan maravilloso, me lisonjé que os he demostrado el Corazón santísimo de Jesús como fuente de la vida y de todo consuelo.

Iba Jesús á Naím, y en esta como en todas sus misteriosas jornadas encuentra dolores que mitigar, miserias que socorrer y

lágrimas que enjugar. En la presente ocasión, y al acercarse á la puerta de la ciudad se ofrece á la vista un espectáculo conmovedor: sacaban de la ciudad un féretro, y en él iba el cadáver de un mancebo, hijo único de una viuda, y con ella venia mucha gente. Así que la vió Jesús, *Quam cum vidisset Jesús*, movido de compasión hácia ella, determinó consolarla. Pero ¿cómo enjugar el llanto de una madre congojada, viuda, huérfana ya con la muerte de un hijo, su esperanza, su alegría, su consuelo, cuya pérdida la deja sumida en las tristezas de una doble horfandad? Vióla Jesús con ojos de compasión, y como si nada le importase el numeroso cortejo, el fúnebre aparato, el féretro y el difunto, acércase á la llorosa viuda y con tiernísimo acento, la dice: «No llores, ¡Qué manera de consolar! ¿Es qué Jesús condena aquellas lágrimas? ¿Será reprehensible sentir la muerte de las personas queridas y llorar sobre su cadáver? Yo veo que los doce patriarcas derramaron muchas lágrimas sobre el sepulcro de su padre Jacob (1). Los cristianos sepultaron el cuerpo de San Estéban y le honraron con el tributo de tiernísimo llanto (2).

(1) Gen. III.

(2) Act. VIII.

El mismo Jesucristo lloró sobre el sepulcro de su amigo Lázaro, y le decían los circunstantes: Ved cómo le amaba (3). Lloremos, pues, la muerte de los seres queridos, pero como cristianos, no como los gentiles que no esperan lo que nosotros esperamos, ni se pueden consolar con la esperanza de la resurrección y de la vida eterna, (4) prometida á nuestra fé, á nuestras virtudes y buenas obras. Lloremos, pero de tal modo, que el sentimiento no exceda los términos de la razón, de la obediencia y de la prudencia cristiana, conformándonos con la voluntad del Señor, y bendiciendo como Job sus soberanas determinaciones. Lloremos con amargo llanto á los que mueren mal dispuestos, á los que vivieron mal, y murieron sin arrepentimiento, porque quizá los hemos perdido para siempre; pero no lloremos demasiado por los que mueren en el Señor, esto es, arrepentidos, fervorosos, fortalecidos con la gracia de los Sacramentos, porque como dice S. Cipriano en un libro que escribió titulado *De mortalitate* para animar y consolar á los cristianos en una terrible pestilencia que hubo en su tiempo, el Señor le reveló

y mandó predicar y enseñar que cuando mueren y son llamados de Dios nuestros hermanos, no han de ser llorados como una pérdida irreparable, pues no los perdemos en realidad, sino que los enviamos delante y están ya fuera de los peligros de la navegación y han llegado al puerto de las eternas alegrías.

Hé aquí como debemos llorar la muerte de las personas que amamos para que nuestras lágrimas sean aceptas á Dios y dignas de sus consuelos. Por eso mueven á compasión las lágrimas de una madre derramadas sobre el cadáver de su unigénito. ¿Y cómo no había de enternecerse el corazón de Jesús al ver la dolorosa situación de la viuda de Naim? Así es que movido de piedad hácia esta madre desolada, acércase á ella, y la dice. No llores. Como si la digera: el motivo de tus lágrimas es noble y digno, tan digno y noble como el sentimiento maternal, hijo del amor que mi Padre ha puesto en el corazón de las madres. Pero no llores más, enjuga tu llanto, cese ya tu dolor porque tendrás un hijo vuelto á la vida por mi poder soberano. *Et factum est ita.* Y así sucedió.

Acércase Jesús al féretro, lo toca, se detienen los conductores, y

(3) Joan., XI.

(4) 1.<sup>a</sup> Tess., XIV.

á la voz del Salvador, se incorpora el mancebo, y comienza á hablar con asombro de todos. Admirad vosotros cómo obedece la muerte á la voz de Jesús y cuanto valen las lágrimas de una madre.

Cuando Dios quiere resucitarnos á la vida de la gracia, bástale el eco de su voz, ó una señal cualquiera de su divina voluntad. ¡Cuántos ¡ay! han perdido esa vida y son víctimas del pecado que engendra la muerte! Miradlos, y notareis todas las señales de un cadáver espiritual. Carecen de actividad para obrar el bien, y son arrebatados hácia el abismo del mal por el ímpetu de sus pasiones.

El vicio enervó su espíritu, y los ha vuelto inertes como una piedra. *Erant immobiles quasi lapis* (1). Carecen de sensibilidad, y no tienen expedito el uso de sus sentidos. La gracia se estrella en la dureza de su corazón, la luz de Dios encuentra cerradas las puertas de su alma, y no oyen el dulcísimo reclamo de las divinas bondades ni sienten el azote de las eternas venganzas. *Verberaverunt me et non dolui* (2). Carecen de flexibilidad, están yertos como un cadáver, y desde la cabeza

hasta los pies no hay mas que llagas, corrupcion, desórden, fetidez, estragos horrendos causados por las concupiscencias, generadoras de la muerte. *Obrigit manus Jeroboam super altare* (1).

La pereza espiritual, la lujuria y la avaricia tienen de suyo condición deletérea. Cuando estos tres agentes morbosos invaden una alma, envenenan su vida intelectual y moral, ahogan los gérmenes del bien, atrofian los sentidos, enervan las facultades superiores, corrompen los sentimientos, y la muerte levanta su trono sobre *esta brillante ruina* que se llama hombre y que en realidad es un cadáver, conducido en el féretro de sus vicios á la mansión de los réprobos. ¿Y quienes son los conductores de estos féretros que ha llenado el vicio? Los deseos impuros, los malos ejemplos, los atractivos del placer y las vanidades del mundo, dice el venerable Beda. *Hi sunt portitores fúneris nostri* ¿Quién imprimirá aliento de vida sobre estos cadáveres? ¿Quién les dará movimiento, actitud y fuerza para moverse, para incorporarse, y para volver á los brazos de su madre la Iglesia, triste, llorosa y desolada por la muerte de tantos hijos suyos?

(1) Exod., XV.

(2) Prov., XXIII.

¿Quién tiene voz y autoridad para decir ¡alto! á las corrientes del vicio que todo lo invaden y á las pasiones desbordadas, que tantas víctimas causan, y á los conductores de la corrupción y de la muerte, que víctimas ellos de sus propias concupiscencias, son obradores de la ruina espiritual de sus hermanos? ¡Ah! Levantemos la vista de la tierra, regada con llanto de pesadumbre y abrumada con el peso de tantas miserias, y pongamos los ojos en Jesucristo poderoso en obras y palabras, y todo compasión, todo misericordia y caridad para los que sufren y padecen. Si, hermanos míos; al Corazón de Jesús con nuestras miserias! ¡al Corazón de Jesús con los clamores! ¡al Corazón de Jesús con nuestros suspiros! ¡al Corazón de Jesús con los gemidos y lágrimas! ¡al Corazón de Jesús con nuestros corazones! Allí encontrareis, pobrecitos pecadores, la salud, la resurrección y la vida. *Petra refugium herinacis*. Allí encontrareis un poder infinito y una caridad inefable que os libran de la doble muerte espiritual y eterna, obrada en vuestra alma por el veneno del error y del pecado. Allí está la fuente inagotable de las misericordias, y si acudimos á ella, contritos y

humillados de corazón, hallaremos agua de perdones para nuestras culpas y sangre de misericordia y de rescate para tantas miserias y esclavitudes como parece el mundo. Poderoso es el Corazón divino de Jesús para reanimar los huesos áridos del pecado; es también poderoso para volver á la vida los cadáveres que van encerrados en el féretro de la muerte. *Adolescens. tibi dico, surge*. Muévaos á compasión el espectáculo de tantas víctimas como amontonan la soberbia, la licencia, la avaricia, el lujo, la sensualidad, el juego, el escándalo, y el vicio.

Acérquense las madres al féretro donde van sus hijos, y sus hijas, muertas á la vida de la gracia y de la virtud, y detengan por Dios con la voz de advertencia, de corrección, de consejo, y de caridad maternal los pasos torcidos de esas queridas existencias que marchan ciegamente de precipicio en precipicio para caer sin remedio en el abismo de su perdición temporal y eterna. Llorad, madres cristianas, por vosotras y por vuestros hijos á imitación de la viuda de Naim y vuestras lágrimas moverán á compasión el Corazón misericordioso de Jesús.

Busquemos todos la salud, la

vida y el consuelo en ese dulcísimo Corazón, mientras navegamos por este mar del mundo que hierve en tempestades, y en la hora de la muerte él nos dará vigor, aliento y esperanza para arribar felizmente á las beatíficas playas de la eternidad, Amen.

—

### SAN CRISTÓBAL.

—

LEYENDA CRISTIANA.

(Conclusion.)

Obedeció Cristóbal al bondadoso anciano, pasando á la otra orilla á cuantos viajeros llegaban, y si alguno de estos le ofrecía cualquiera recompensa se negaba á recibirla, diciéndole: «Hermano mío, pida por mí á nuestro Padre, que está en los cielos, que es á quien sirvo.»

Transcurrieron de esta manera muchos años hasta que Cristóbal llegó á viejo, sus cabellos y su barba estaban blancos; pero la edad no le había quitado las fuerzas, y todos los días pedía á Dios que se las conservara á fin de poder hasta su muerte ser útil á sus hermanos. Además, visitaba muy á menudo al santo anacoreta, y este le había enseñado todas las verdades y doctrinas de la Religión, y puesto su alma en disposición de hacer fructuosa á los ojos de Dios aquella tarea, que por amor suyo se tomaba, llevándola siempre adelante por el placer de servir al Señor y de hacer penitencia por sus pecados.

Un día de invierno que estaba lloviendo á mares, y el viento soplabá con fuerza, vió á un pobrecito niño calado de agua y yerto de frío: compadecióse Cristóbal, y

sin embargo del viento y de la lluvia fué á pasar el río y cargó con el niño en los hombros diciéndole palabras de consuelo: mas apenas había dado unos pasos por el río, cuando sintió que sus hombros vacilaban como oprimidos por un gran peso; y la tempestad arreciaba, soplando con mayor violencia el viento y haciendo grandes estragos las centellas que caían. Cristóbal iba extremadamente afligido, porque aun siendo tan robusto, apenas podía sostener aquel niño; al cabo le dijo:

—Niño, pesas tanto como el mundo.

Cesó al punto la tempestad; serenóse el cielo, y oyó una voz celestial que le dijo:

—¿De qué te admiras, Cristóbal? yo soy el que ha criado el mundo.

Y Cristóbal, volviendo la cabeza, vió al niño Jesús, que mirándole bondadosamente, le bendijo.

Sintióse al momento levantado de la tierra como por una fuerza divina que lo subía á los cielos.

En aquel mismo instante, el santo ermitaño que estaba en el monte orando, vió muchedumbre de ángeles que subían al cielo entonando alegres cánticos: iban á presentar á los pies del Señor el alma de Cristóbal, santificada por la penitencia y probada durante muchos años en su fidelidad para con Dios.

(La Cruzada.)

—

### IR POR LANA Y VOLVER TRASQUILADO.

Paseándose por París dos jóvenes oficiales, entraron cierto día en la iglesia de la Asunción. Después de haber mira-

do sus cuadros y su arquitectura, despues de haber pensado en todo ménos en Dios, disponíanse á salir, cuando distinguieron á un sacerdote, revestido de sobrepelliz y arrodillado junto á un confesonario. Parecía estar esperando á alguién.

—¡Tomal Mira aquel cura, dijo riendo uno de los dos militares á su camarada: ¿qué es lo que hace allí?

—Tal vez está aguardandote á tí, respondió el otro.

—No es fácil, repuso el primero: pero ¿qué apuestas á que voy á hablarle?

—A qué no.

—Más todavía; ¿á que me confieso con él?

—A qué no.

A qué sí. ¿Qué apuestas?

—Una buena comida.

—¿Con champagne?

—Con champagne.

—Pues no se hable más... Está dicho.

Aguárdame y verás un poco la manobra.

Y ved ahí á nuestro jóven aturdido adelantarse resueltamente hácia el Ministro del Señor, y decirle algo al oído. Levántase éste, entra en el confesonario, y el oficial se arrodilla á uno de los lados, como se estila en semejantes circunstancias.

—¡Qué atrevido! pensaba el otro.

Y con un sonris de admiracion en los lábios, sentóse para aguardar al improvisado penitente.

Hacia ya siete ú ocho minutos que duraba esto, y el camarada empezaba ya á encontrar que se prolongaba demasiado la broma. Por fin, despues de más

de un cuarto de hora, el oficial se levantó, dejó el confesonario, y salió de la iglesia despues de haber hecho una seña á su amigo. Tenia sério el rostro y parecia conmovido... Bromeó, empero, con su compañero sobre la aventura aquella; aunque sin querer decirle lo que le habia retenido tanto rato en aquel sitio; y á la primera ocasion que se presentó, separóse de él y se fué á su casa.

Dos dias despues volvía á la iglesia de la Asuncion, y despues de haber estado un buen rato rezando, se acercó á aquel mismo confesonario, en el que acababa de entrar aquel mismo sacerdote de aquel dia. . . Esta vez estuvo allí media hora, y al salir gruesas lágrimas brotaban de sus ojos. En su rostro se veía pintada la expresion de la paz, de la alegría y de una dichosa emocion. Acababa de recibir el perdon desus pecados.

¿Qué quería decir todo aquello? ¿qué habia sucedido la antevíspera? Vedlo ahí tal como lo contó el oficial.

El sacerdote á quien se dirigió conoció en seguida en el tono con que le hablaba su penitente, que no se trataba de una confesion formal.

—Vos os burlais de mí, caballero, le dijo interrumpiéndole dulcemente, y haceis mal, porque no conviene tomar á broma las cosas de Dios ni las de sus ministros. Pero os perdono de todo corazon y ruego á Dios que os perdone tambien.

El oficial, algo desconcertado, trató de excusarse.

—No, no, interrumpióle sonriéndose el buen sacerdote, habeis hecho mal; pero no hablemos más de ello. Única-

mente, ya que habeis venido á encontrarme, espero me permitais conversar con vos un instante y preguntaros qué sois, ó cual es vuestro estado.

—Con mucho gusto contestaré, caballero, respondió el oficial: soy militar.

—¡Ah! es un bello estado. ¿Y qué grado tenéis?

—Soy subteniente: acabo de salir de Saint-Cyr.

—Y despues de esto, ¿qué sereis?

—Despues seré teniente.

—¿Y despues?

—Despues, capitán.

—Y despues.

—Despues, comandante; luego, teniente coronel; luego, coronel; despues, general; mas tarde.... tal vez teniente general;

—¿Y á Qué edad puede que seais este último?

—¿Psé!.... Si tengo suerte y voy á Africa, á 40 ó 45 años.

—¿Y no pensais casaros?

¡Oh! vaya me casaré...

—Con qué, héos ahí general y casado; y despues, ¿qué sereis?

—¿Despues?.. Despues ya no hay mas que el grado de mariscal.

—Y suponiendo que lo obtengais, ¿qué hareis despues?

—¡Oh! ¡carambal despues ya no haria mas. Me retiraria á descansar con mi mujer y con mis hijos.

—¿Y despues?

¡Cómo, despues!

El acento grave del sacerdote embrazaba más y más al jóven militar.

—¡Y bien! despues.... me moriré.

¿Y despues?

Un escalafrio recorrió el cuerpo del jóven: no habia pensada jamás en aquel *despues*.

—Ya no contestais, caballero, díjole gravemente el confesor: y no lo haceis porque probablemente ignorais lo que pasará *despues*. Vos me habeis explicado todo lo que pasará *antes*: yo á mi vez voy á deciros lo que pasará *despues*. Despues de vuestra muerte, caballero, vuestra alma comparecerá delante de Jesucristo, y será juzgada, no segun su gloria humana que habrá pasado como un sueño, sino segun sus obras buenas ó malas. Si habeis sido virtuoso y fiel observador de la leyes de Dios y de su Iglesia; si habeis sido humilde, puro y casto, bueno para con los demás, justo; en una palabra, si habeis sido un bueno y verdadero cristiano, os salvaréis y entrareis á gozar de la inmutable dicha de la eternidad. Si, por el contrario, habeis seguido vuestras pasiones, si habeis olvidado el servicio de Dios, si habeis sido orgulloso, impúdico, negligente, duro para con los demás, injusto; en una palabra, si no habeis sido un cristiano fiel, os condenareis tenedlo entendido, caballero, con todo y ser general, ó mariscal si podeis llegar á serlo; sereis juzgado por aquel que á nadie teme y oireis su atronadora sentencia: «Aléjate de mí, maldito, vete al fuego eterno que ha sido preparado para el demonio y para sus servidores.» Ahora, me queda todavia por deciros una palabra. Vos me habeis ofendido gravemente, viuiéndoos á burlar de mí, á mis propias barbas, y exijo una satisfaccion, que, si sois hombre de honor, no me podeis rehusar.

(Concluirá.)